

Tu eres mi fulgor y mi aliento,
 Isabel;
 el agua y el pan
 y el hechizo de mis horas perdidas...
 Cuando te tengo
 todo lo olvido:
 la orfandad de mi bolsillo exhausto
 y mi deshilachada camisa
 y los torcidos tacones de mis botas.
 Luz, aire y flor.
 Eso eres para mí, Isabel.

En las terribles noches de insomnio,
 devorado por las hienas de la amargura,
 cuando se desvanecen las sombras
 a la livida luz del amanecer
 y canta el gallo en el desván oscuro,
 te veo a ti,
 Isabel,
 con los lirios de tus mejillas
 y el iris encendido de tus ojos
 y la mata inacabable de tu pelo...
 Toda tú
 ceñida de un halo de misterio y maravilla.
 Y cuando ato los cordones de mis botas
 mientras tamborea la lluvia en los cristales
 o perfilo ante el espejo de fría
 e hiriente luz
 el nudo de la corbata inarrugable,
 pienso en ti
 y me lleno por dentro de respiandores.

Ven a mi lado
 Isabel.

¡La soledad me espanta!
 ¿Hay algo más triste que el uno?

CARLOS TUS

UN NOMBRE FAMOSO



DESDE luego, nadie puede dudar, que el nombre del gran compositor Cristóbal Oudrid, es un nombre famoso; yo creo que se puede asegurar, sin temor a ninguna posible equivocación, que cualquier persona de mediana cultura, aunque no sea muy aficionada a la música, sabe que a su inspiración se deben obras tan valiosas, como «El sitio de Zaragoza» o «El molinero de Subiza» por ejemplo, pero lo que también se puede asegurar y, es una lástima el tener que confesarlo, es que la mayoría de esas mismas personas, ignoran el lugar del nacimiento de este genial compositor extremeño.

Existe sobre Extremadura, una especie de tópico o leyenda [que hace pensar a las gentes de otros lugares, cuando escuchan el nombre de nuestra región, solamente en que fué la cuna de los grandes conquistadores, y aparte de esos grandes hombres que tanta gloria dieron a España, también nacieron en Extremadura personajes que brillaron en los distintos campos de la política, las artes o las letras, habiendo quedado sus nombres orlados por la justa fama, que por sus valiosos merecimientos alcanzaron. Pero es tan grande y tan singular el extraordinario valor de los primeros, que los otros quedan, como digo, un poco oscurecidos por el fulgor de aquéllos, que son célebres en la Historia Universal, como Hernán Cortés, Vasco Núñez de Balboa o Francisco Pizarro, por no citar nada más que los de mayor relieve.

Pues bien, a pesar de todo esto, y tal vez en mayor proporción que ninguna otra región española, Extremadura, y concretamente la provincia de Badajoz, puede estar orgullosa de contar entre sus hijos, nombres tan insígnies como los de Zurbarán y Morales, Carolina Coronado y Espronceda, Meléndez Valdés, Donoso Cortés, Arias Montano, Muñoz Torrero y en fin, tantos y tantos nombres, que forman un ramillete, ante el cual el visitante debiera descubrirse en signo de admiración.

En este ramillete de nombres ilustres, tiene un lugar destacado, el de Cristóbal Oudrid Segura, el inspirado y genial compositor, que nació en la capital de la provincia el día 7 de Febrero de 1825 y murió en Madrid el día 12 de Marzo de 1877.

Ya no existe la casa donde Cristóbal Oudrid vió la luz por vez primera. El correr de los años y las exigencias de la vida, han hecho que aquélla fuera sustituida por otra más amplia y moderna. Se hallaba situada en la calle que por entonces se llamaba Lagares, y hoy

tiene el nombre de Zurbarán, y debía tener el número 2, ya que era la primera de la acera de la derecha, precisamente la que formaba la esquina, con el llamado campo de San Juan.

Su padre había sido músico militar, y por la fecha en que Cristóbal nació, se dedicaba a dar lecciones particulares de música, y gozaba de gran prestigio y reputación en Badajoz, donde tenía como discípulas, a casi todas las señoritas de la buena sociedad de aquellos tiempos. Por eso su hijo, criado en ese ambiente, se aficionó desde pequeño a la música, teniendo como maestro a su propio padre, bajo cuya dirección empezó a estudiar solfeo, y luego continuó con el estudio de instrumentos de viento, que más tarde abandonó para dedicarse al piano. El padre de Cristóbal Oudrid no fué un maestro benévolo, al contrario, quizás por tratarse de su propio hijo, era con él más bien severo, aunque bien es verdad, que no tenía que usar muy a menudo de su severidad, pues el muchacho progresó rápidamente, y cuando aun no conocía ni las más elementales reglas de armonía empezó a escribir arreglos de Haydn y Mozart, para flauta, oboe y clarinete.

Se trasladó a Madrid en 1844, y allí fué destinado a la banda de un regimiento de aquella población. En la capital de España, completó sus estudios con el maestro Saldoni, para quien llevó muy buenas recomendaciones, y éste a su vez lo presentó a Mesonero Romanos, director por entonces del «Semanario Pintoresco Español», quien le protegió. Pronto empezó Cristóbal a darse a conocer como pianista, ejecutando en público algunas composiciones suyas, como una fantasía sacada de «María de Rohan», otra de «Hernani», unas variaciones sobre «El jaleo de Jerez» y otras varias más, siendo todas muy aplaudidas. Adquirió en seguida gran reputación entre los músicos, demostrando sus excepcionales aptitudes para tan sublime arte, y al comprender que fuera del ejército le esperaba un porvenir más brillante, cuando cumplió el compromiso contraído, se dedicó a vivir independiente y a consagrarse por completo a la música.

En el año 1847 dió a conocer sus primeras producciones teatrales, que fueron «La venta del puerto» que se estrenó en el teatro del Instituto, y «La pradera del canal», con Iradier y Cepeda en el de la Cruz. Su producción de zarzuelas fué muy copiosa; hubo año en que escribió hasta seis obras de este género, y en total pasan del centenar las que compuso en su no muy larga vida.

Fué tal el prestigio que adquirió Cristóbal Oudrid, en la Corte, que en el año 1876, el empresario señor Robles le nombró director de orquesta del Teatro Real de Madrid, y en este puesto alternó con los señores Vázquez y Skocsdopola.

La primera mitad del siglo XIX estuvo impregnada de un rossinismo muy acentuado que se prolongó hasta mediados de ese mismo siglo, que fué cuando el grupo presidido por Gaztambide y Barbieri inició la reacción nacional, que poco a poco consiguió apartar de nuestra música toda influencia extranjera, haciendo triunfar la clásica zarzuela grande española.

En ese resurgir de nuestra música española, tuvo este gran compo-

sitor extremeño un lugar muy destacado, con su copiosa producción zarzueril, unas veces sólo, y otras en compañía de los grandes maestros en el género, que fueron contemporáneos suyos. Así vemos su nombre unido a los de Hernando Gaztambide y Barbieri, en la zarzuela en un acto «Escenas de Chamberí», escrita en el año 1850, y al de Javier Gaztambide en «Un viaje aerostático», que también en un acto escribieron en 1859. Con el maestro Caballero colaboró en «Llegar y besar el santo», «El caballo blanco» y «Equilibrios de amor», todas en un acto y que compusieron en los años 1861 las dos primeras y 1862 la segunda.

En dos y tres actos también escribió Oudrid zarzuelas en unión de otros compositores como «La cola del diablo» con Allú y Barbieri en 1854, «El gran bandido», con Caballero en 1860, «Matilde y Malek-Adel» con Gaztambide en 1863, «Juegos de azar» con Caballero en 1862 y «El camisolín de Paco» con Vázquez en 1867; todas éstas en dos actos, y en tres, escribió colaborando con Ynzenga «El castillo encantado» en el año 1851, con Gaztambide y Arrieta en 1853 «El hijo de familia», y también con Gaztambide en el 1855 «Estebanillo», con Vázquez en 1861 «Las piernas azules» y «Un viaje alrededor de mi suegro», en 1862 «Roquelaure» con Caballero y Rogel, y en el 1863, otra vez con Javier Gaztambide «Walter o la huérfana de Bruselas», y por último en 1876 «El testamento azul» con Barbieri y Aceves, y «Blancos y azules» con Caballero y Casares en el mismo año.

La lista de todas sus zarzuelas, como ya hemos dicho es muy copiosa, éstas citadas, de las escritas en colaboración con otros compositores, no constituyen el total de las que escribió, uniéndose su nombre al de las grandes figuras, como tampoco, en la lista que incluimos a continuación, van todas las que compuso él solo; por ser demasiado numerosas nos limitaremos a citar las más sobresalientes:

EN UN ACTO

- «La venta del puerto o Juanillo el contrabandista» en 1847.
- «Misterios de Bastidores», «La paga de Navidad» y «El alma en pena» en 1849.
- «Mateo y Matea» y «Buenas noches señor don Simón» en 1852.
- «El alcalde de Tronchón» en 1853.
- «Pablito» y «Amor y misterio» en 1854.
- «Alumbra a ese caballero» en 1855.
- «La flor de la serranía» y «Un viaje al vapor» en 1856.
- «¡Concha!» y «El hijo del regimiento» en 1857.
- «¡Don Sisenando!» en 1858.
- «¡Un disparate!», «El último mono», «El zuevo» y «Enlace y desenlace» en 1859.
- «Nadie se muere hasta que Dios quiere», «Doña Mariquita» y «A rey muerto...» en 1860.
- «Un concierto casero» en 1861.
- «Balandrán» en 1862.

- «Por amor al prójimo», «La influencia política» y «Julio César» en 1863.
 «Un marido de lance» en 1864.
 «Bazar de novias» en 1867.
 «Café teatro y restaurante cantantes» en 1868.
 «El paciente Job» en 1870.
 «Miró y Compañía o los cómicos de Alarcón» en 1872.
 «El demonio de los bufos» y «El señor de Cascarrabias» en 1874.
 «Compuesto y sin novia» en 1875.
 «El consejo de los diez» que fué su obra póstuma, estrenada en 1884.

EN DOS ACTOS

- «Pero Grullo» en 1850.
 «De este mundo al otro» y «Don Ruperto Culebrín» en 1852.
 «El postillón de la Rioja» en 1856.
 «La gata de María Ramos» en 1870.
 «Los pajes del rey» en 1876.

EN TRES ACTOS

- «El Conde de Castralla» en 1856.
 «Beltrán el aventurero» y «El joven Virgino» en 1858.
 «Memorias de un estudiante» en 1860.
 «Un estudiante de Salamanca» en 1867.
 «El molinero de Subiza» en 1870.

Como puede comprenderse, Cristóbal Oudrid dedicó casi toda su vida de compositor al españolísimo género de la zarzuela, pero a todas estas obras hay que añadir una, que quizás sea la que más fama le haya dado, y es la composición para rondalla, titulada «El sitio de Zaragoza», obra en la que refleja con poderoso realismo, el alma ardiente y vigorosa del pueblo español. En esta obra, el canto fogoso de la jota, lleva como acompañamiento el redoble del tambor, y de vez en cuando, como si en plena batalla nos encontráramos, ese redoble es interrumpido por la voz ronca del cañón que a lo lejos se adivina. No falta tampoco la orden de ataque, la diana, y por último, el alto el fuego, que con los alegres clarines, nos lleva marcialmente al final de esta bellísima composición, que nos hace vibrar en enardecido amor patriótico.

Tenía el gran compositor extremeño, una personalidad propia muy definida, por eso, a poco que se observe la lista de sus obras, puede advertirse con claridad, que las de mayor éxito fueron las que escribió él solo, dejando correr sobre el pentágono a su inspiración en completa libertad, sin tener que supeditarla a acoplamientos de ninguna clase con otros compositores, y como buena prueba de ello, están para confirmarlo, estas tres obras que se han hecho inmortales: «El molinero de Subiza», «El postillón de la Rioja» y «El sitio de Zaragoza».

En la pintura, la poesía, la política y la literatura varios representantes de Extremadura, en sus distintas épocas, se colocaron en la primera fila de la actualidad española, y sus nombres aun perduran rodeados de gloria. En la música no sucede lo mismo, Badajoz creo que sólo ha tenido un representante destacado en tan bello arte, y ese representante fué Cristóbal Oudrid, con el que todos los pacenses, principalmente los aficionados a la música, estamos en deuda, pues si es cierto que hay una calle, precisamente no de las más principales, que ostenta su nombre, también es cierto que falta en nuestra ciudad, una estatua o al menos un busto, que nos recuerde que aquí nació esa gloria de la música española.

La muerte sorprendió a Cristóbal Oudrid en plena época de producción, y es de suponer que si su vida se hubiera prolongado más, aún podríamos añadir muchas obras famosas a la lista de sus composiciones. Se encontraba dirigiendo los ensayos de «Mignon» cuando falleció en Madrid, el día 12 de Marzo de 1877 como ya hemos dicho anteriormente, y es curioso hacer notar la fúnebre coincidencia, de que mientras él expiraba, su compañero en la dirección de la orquesta del Teatro Real, el maestro Skocsdopola era conducido al cementerio, perdiendo así, dicha orquesta, al mismo tiempo dos grandes directores, y Badajoz uno de sus más preclaros hijos.

AMALIA MOGOLLO SANCHEZ-COLLADO

